

meros, las volutas y el grácil cuerpo apenas núbil del maravilloso ser, evolucionan en las páginas del poeta como una imagen extrañamente pura e insidiosa envuelta en transparentes velos de sensualidad y abstracción.

*

Mientras tanto, sobre la Acrópolis de Fidias, la Arquitectura, la heroica, se erige aún como un dios sereno que nada sabe de su nombre femenil. Jinetes desnudos cabalgan por sus frisos (prisioneros hoy en Londres). Muchachas pasan en procesión pausada. La medida es el pie del hombre. La proporción de la columna sobrepasa apenas el número de seis. Es el dios o el gigante dórico. Desnudos, sus pies se plantan para siempre en la sagrada roca.

*

Y hablando de Paul Valéry, recordaré aquella frase suya, en el mismo **Eupalinos**, donde Sócrates, evocando la belleza de Alcibiade, declara: «Al verle. se siente uno convertirse en arquitecto». Debemos pensar, claro, en la columna corintia. Alcibiade era un afeminado. Sócrates fué su maestro y Paul Valéry, discípulo de ellos.

*

Lo que Vitruvio ha olvidado explicar es que el último toque en la verdadera obra de arquitectura debe ser un capricho, un elemento humano introducido por el arquitecto en la inhumana perfección. ¿Qué hubiera sido el Partenón si Calícrates no hubiera tenido la fantasía de invertir el éntasis, la ligera curvatura del fusto de las columnas, que, anulando la simetría, da respiro y sonrisa al peristilo de los dioses? Ninguna ley de los números fijaba la altura de esa línea de asimetría. Calícrates ha escogido la proporción de 2 : 3. Proporción humana. En el cuerpo de sus columnas, el éntasis es la línea del corazón. Sin ella, el Partenón hubiera sido un edificio de cubos y cilindros, inútilmente ambiciosos.

*

Y podemos añadir: la línea del corazón varonil. Porque el Partenón es el gigante dórico. Más tarde, a poca distancia, en el Erecteión, la misma línea ideal marca la punta de los senos de las Cariatides. La columna era ya la imagen verdadera de la mujer. Tan plástica, que casi cesa de ser metáfora. La mujer se convierte en número. Pero la Simetría pierde la fuerza de la abstracción. El número toma forma. Sonríe en castas redondeces, debajo del marmóreo peplo transparente. Una sangre rósea y azulada corría por las venas de la piedra del Pentelico.

(Fragmentos de un BREVIARIO DE ARQUITECTURA Y METAFORA, que aparecerá con dibujos de Angel Ferrant).

Alejandro BUSUIOCEANU